

TODO lo llenó Chicuelo. Mala suerte la del cañi, porque de no darse esta feliz—feliz para el aficionado—casualidad ahora hablaríamos con entusiasmo de la torerísima faena de su primero al que mató superiormente y del que cortó la oreja.

Y hasta comentaríamos el espectáculo que dió con el de Natera, grande y gordo—32 arrobas de toro—, al que no quiso ver dando lugar a uno de sus peculiares mítines.

¿Hubo algo más? Ah, sí. Hubo un torillo, chiquito, medroso, que asistió como

invitado a esta jornada histórica.

Le obsequiaron con un toro ideal y no supo qué hacer con él. Se preocupó nada más que de preparar los pases y componer la figurita y como lo que requería el caso era torcar y no lo hizo pues el mocito dejó pasar la oportunidad de demostrar que ha tomado la alternativa con otra pretensión que la de marcharse a casita. Menos mal que acertó a cazar a este con una estocada de lantera.

En el último se entregó de lleno a la pa-

vura y dió un espectáculo lamentable. Más lamentable que el de Cagancho, quien al fin y al cabo, hizo gracia.

Buen porvenir tiene este niño por delante!

Resumen: ¡¡CHICUELO!!

5 de mayo de 1932. De aquí en adelante el ruido de la Monumental habrán de pisarlo las figuras con mucha cautela.

Y es que este mozo sevillano lo ha puesto tan resbaladiso...

DON DELFIN

Crónica de Bilbao

LA FERIA DE MAYO

Al pan, pan...

Fiesta del trabajo. Todo el mundo a la plaza en el celeberrimo coche de Fernando: "Unos a pie..." Puntualicemos: esto de "todo el mundo" es un decir; porque ni todo el mundo se compone de 7.500 personas y también son personas y pertenecen al mundo los toreros—es otro decir—que turnaron en un desvencijado taxímetro esquiral.

Temores de unos, malos augurios de otros y una buena cantidad de miles de duros de pérdida para el Hospital Civil y la Casa de Misericordia, en esta primera corrida de la feria chiquita del mes de las flores.

El tiempo, de acuredo con la entrada y los toreros de acuerdo también con la entrada y con el tiempo. Igualdad y fraternidad se llama esto.

Toros del Conde de la Corte. Don Agustín Mendoza prefiere lidiar sus toros en Mayo, porque según él, embisten mejor que en Agosto. Bien... Tal vez tuviese razón con el primero, muy bravo, que se partió de raíz el asta izquierda al rematar contra un burladero persiguiendo a un peón; con el segundo, que cumplió bien y con el tercero que no dejó mal la divisa; pero con los tres siguientes, no. Francamente. Aquellos toros había que fundirlos de nuevo para que quedase conforme Don Agustín. Y para que quedásemos conformes nosotros, que también tenemos derecho.

De presentación, excelentes todos a excepción del cuarto que era muy feo, y todos con muchas arrobas y pitones.

Ortega, Corrochano y El Estudiante, de matadores. Buena combinación.

El de Borox estuvo voluntarioso en el primero y le anotamos como plausible su deseo de torcar por el lado derecho, donde conservaba defensa el bravo enemigo. Sacó unos muletazos artísticos y dejó media tendida. Se perfiló de nuevo y empujando el clavado estoque con la mano, lo sepultó hasta el pomo. Gustó la suerte por su novedad, pero descabelló al noveno intento y nos enfadamos.

En el cuarto—que no sabía si tenía cuernos, pero era un mulo—hizo una faena inteligente para hacerse con él y lo mató pronto.

Muy bien en algunos quites, como El Estudiante y Corrochano, que trae la papeleta bien aprendida, sabe el terreno que pisa y se asusta de los toros grandes. ¡Oh, si no hubiera sido por eso!...

Pero se asustó. ¡Qué le vamos a hacer!

Luis Gómez es valiente y es posible que con el toro *de carril*, que se torca solo, obtenga lauros; pero cuando tiene que torcar él, nos pone en evidencia que no distingue de terrenos y que está en la creencia de que todos los toros son iguales y que a todos hay

que darles la misma lidia, pero su error es manifiesto.

Se arrima *sin ton ni son* y cualquier día puede tener un disgusto si no se convence que a cada toro hay que darle su lidia y que no siempre se puede torcar en el mismo terreno.

Varemos en Agosto.

Banderillaron bien Magritas, Orteguita y Cástulo y puso una buena vara Parrita. Los otros picadores... Sí. Les voy a hacer una pregunta a los otros picadores: ¿Son órdenes del matador "eso" de picar en los bajos y barrenando en todos los toros?

¡Ah, se callan los malditos! Y sonríen...

SEGUNDA CORRIDA

¡Milagro! ¡Milagro! ¡Se ha llenado la plaza! ¡Milagro! Vamos a entrar en razón. Se ha llenado la plaza es cierto; pero para ello ha sido preciso el acoplamiento de las tres primerísimas figuras en un mismo cartel y dudamos de que tal hubiera sucedido si Marcial Lalanda hubiese actuado en la tarde anterior.

El de Vaciamadrid, con su voluntaria ausencia de nuestro coso, era el día 2 de mayo y precedentes, el hombre del día en Bilbao, la figura de la máxima espectación. Cerca de trece mil personas acudieron a Vista Alegre todas ellas con el mismo fin: a ver torcar a Marcial Lalanda. Barrera y Ortega, pese a su elevada jerarquía, eran figuras de complemento. Las tapas en la manzanilla.

La Comisión consiguió que Marcial volviese a la Villa de la que una tarde agostaña del 24 salió vencido y humillado, sin ánimo de volver. Bilbao olvidó y olvidó Marcial... ¡Al toro!

Don Bernardo Escudero Bueno (antes Albaserrada) envió una corrida muy terciada. El segundo que era, inadmisiblemente, tal vez no diese el peso reglamentario... En Bilbao. Es un detalle, toreros.

¿Corrida grande? Toros chicos. Como en cualquier parte y en la corrida de hoy era *pero que muy grande*...

Bravo el primero y mansurrones pero nerviosos los demás, no ofrecieron dificultades para la lidia, a nuestro juicio. Los toreros no lo entendieron así.

Un excelente tercio de quites en el primer toro. Y se acabó la corrida. Como apéndices a la misma, valga la buena voluntad. Unos muletazos en el estribo al proyecto de toro lidiado en segundo lugar y unos pases pintureros en los medios a la misma "insignificancia" pitonuda.

Y una faena *sobre los pies*, muy pinturera, eso sí, al quinto. Mató con brevedad y descabelló espectacularmente entre el regocijo de los *payos*. Se le aplaudió.

Unas excelentes verónicas y un par de quites de Ortega. Luego, nada. Muy justificada la lluvia de almohadillas con que se le obsequió al final de su "brillante" labor, de la que, en obsequio al lector, no queremos ocuparnos.

Y vamos con Marcial.

El público bilbaíno le recibió con una gran ovación a la que hubo de corresponder montera en mano. ¿Agradecido? Tal vez. Pero no lo demostró. De otro modo hubiera seguido tan magníficamente como comenzó toreando con el capote. Pero... quíá.

Con unos muletazos habilidosos y media de efectos rápidos, se deshizo del bravo Albaserrada que rompió plaza, entre la natural decepción del público.

Marcial Lalanda no quiso entrar en su papel de hombre del día, y echó por tierra los buenos deseos que animaban al público en su favor. Y las cañas se trocaron lanzas.

Al comenzar la faena en el cuarto, un espectador del tendido seis, lanzó lejos de sí un sombrero de paja, que fué pasando de mano en mano por toda la plaza hasta volver a poder de su propietario.

Y el público, que había ido a ver torcar a Marcial Lalanda, prestó toda su atención al sombrero y, naturalmente, estuvo más divertido. Nosotros esperábamos de Marcial Lalanda un arranque de pundonor que hiciera aterrizar para siempre a la improvisada "nave de los aires", pero el de Vaciamadrid optó por la postura más cómoda y la bronca fué épica.

Una vez más tiene como anillo al dedo aquello de "¿Espectación?... ¡Decepción!".

Y una vez más hemos salido de la plaza "haciendo fú..." como el minino del cuento.

La apoteosis final tuvo su comienzo durante la lidia del sexto toro. El picador Marcial después de colocar un buen puyazo cometió la torpeza—¿órdenes del matador?—de volver a la carga tres veces más sobre el mismo sitio, abriendo al infeliz torete un boquete de dimensiones nada despreciables.

Es muy posible que la hazaña fuese idea exclusiva del varilarguero, sobre el cual llovieron unas trescientas almohadillas.

Pero el público que estimó tan culpables de la fechoría al subalterno como al matador, se indignó sobremanera cuando éste, haciendo un desprecio olímpico de su preciosa "pelleja", se dirigió con gesto decidido hacia la "fiera" en período preagónico y quiso convencer al público de que no le era posible hacer otra cosa que tocar a los pitones, en vista de que el "difunto" asado apenas si tenía fuerzas para menear la cola melancólicamente...

Como no estamos en Turéganos—perdonen los habitantes de este simpático pueblo la comparación—las cañas que ya se esta-